

La animalidad descolonizada: cuerpos híbridos y el quiebre de las taxonomías occidentales

Decolonized animality: hybrid bodies and the breakdown of Western taxonomies

Ana Lía Miranda 

Universidad Nacional de Jujuy, Argentina

E-mail: almiranda@fhycs.unju.edu.ar

Recibido: 13/10/2025. Aceptado: 14/11/2025. Publicado en línea: 21/12/2025

Cómo citar: Miranda, Ana Lía. 2025. «La animalidad descolonizada: cuerpos híbridos y el quiebre de las taxonomías occidentales». *América Crítica: Revista de Estudios Culturales Americanos* 9 (2): 107-115. <https://doi.org/10.13125/americanacritica/6755>

Abstract—This article explores the representation of “the animal” in Gabriela Larralde’s novel *La pez* (2023), focusing on how the protagonist, a hybrid creature, subverts Western and Eurocentric dichotomies. “The fish,” beyond being a mere object of study or domination, embodies a form of disruptive agency that challenges the anthropocentric notion of the human as the measure of all things, revealing the fragility of the categories that seek to contain and classify life. The creature by merging the human and the aquatic, the Indigenous and the wild, it unifies identities through a being, a practice, or a narrative that exists at the boundary or in both domains and rejects colonialist associations, showing the Indigenous as a complex form of existence that is not simply “wild.” Thus, the protagonist acts as an agent who dismantles the “anthropological machine” (Agamben), revealing that such oppositions operate on the planes of ontology (the nature of being) and epistemology (how we know). Therefore, this article investigates the dismantling of the Cartesian division between “nature and culture,” since the text under study invites us to rethink interspecies relations and the construction of otherness in the colonial context. — *Gabriela Larralde, La pez, Animality, Anthropological Machine, Decolonization.*

Resumen—Me propongo explorar la representación de “lo animal” en la novela *La pez* (2023) de Gabriela Larralde, focalizando el modo en que la figura de la protagonista, una criatura híbrida, subvierte las dicotomías occidentales y eurocéntricas. “La pez”, más allá de ser un mero objeto de estudio o dominación, encarna una forma de agencia disruptiva que desafía la noción antropocéntrica del humano como medida de todas las cosas, revelando la fragilidad de las categorías que buscan contener y clasificar la vida. La criatura, al fusionar lo humano y lo acuático, lo indígena y lo salvaje, unifica las identidades a través de un ser, una práctica o una narrativa que existe en el límite o en ambos dominios y rechaza la asociación colonialista, mostrando lo indígena como una forma de existencia compleja que no es simplemente “salvaje”. Así, la protagonista actúa como un agente que desmonta la “máquina antropológica” (Agamben), revelando que la contraposición opera en el plano de la ontología (la naturaleza del ser) y la epistemología (cómo conocemos). Entonces, indagaré el proceso de desmantelamiento de la división cartesiana entre “naturaleza y cultura” toda vez que el texto en estudio invita a repensar las relaciones interespecie y la construcción de la otredad en el contexto colonial. — *Gabriela Larralde, La pez, animalidad, máquina antropológica, descolonización.*

Los ojos que ven son los ojos que cuentan.

Gabriela Larralde, *La pez*

“CUIDADO CON HUMANIZARLA”

La novela *La pez* (2023) irrumpe en el panorama literario como un vórtice donde se desdibujan las fronteras entre lo humano y lo animal, la naturaleza y la cultura, el sujeto y el entorno.

Este texto, galardonado con el Premio Estímulo a la Escritura (2022), se inserta en el panorama de las literaturas nacional y latinoamericana contemporáneas como un contrarrelato descolonial, a la vez que ecocrítico, pues analiza la relación entre la literatura y el medio ambiente, e investiga cómo los textos representan, cuestionan o perpetúan la crisis ecológica.

En su trama, se plantea críticamente la interseccionalidad de las violencias históricas ejercidas sobre las mujeres, los pueblos indígenas y el medio ambiente por las estructuras de poder occidentales. Simultáneamente, revisa los mitos fundacionales de la Conquista de América desde la perspectiva del Sur, lo cual evidencia la barbarie del proyecto expansionista y colonizador europeo, así como la complejidad de los pueblos que fueron arrasados.

La autora Gabriela Larralde (nacida en la provincia de Buenos Aires en 1985) es Licenciada en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Nacional de Buenos Aires (UBA). Además de su trabajo como escritora¹ y guionista para diversas producciones audiovisuales, actualmente integra un grupo de investigación PICT cuyas líneas prioritarias son comunicación, género y sexualidades.

Al centrar su narrativa en una arcana criatura híbrida (medio pez, medio indígena), la novela no solo ficcionaliza un episodio de la conquista de América, sino que, de manera más profunda, desafía los fundamentos que han sostenido tradicionalmente el pensamiento occidental. Es decir, la obra no se limita a criticar ideas superficiales, sino que pone en cuestión la estructura misma con la que Occidente ha concebido la realidad.

En virtud de estas observaciones inaugurales, el artículo plantea que “La pez” no es una entidad fija con propiedades intrínsecas, sino un nudo cimbreante en una red de relaciones que la definen y, a la vez, la resisten.

La novela (cuyos principales personajes son “la pez”, el Almirante, el Dr. Tattet y Espinoza) está narrada predominantemente en primera persona a través del diario de a bordo o crónica que escribe el Almirante. Se reinterpreta el mito de la sirena (que explicaremos más adelante) pero con un giro crucial centrado en el contexto del río Paraná y la Conquista de América. Se tematiza, además, la travesía cartográfica y colonial de navegantes españoles quienes descubren mujeres anfibias, una de las cuales es atrapada y llamada “la pez”. La protagonista es objeto de una observación exhaustiva con fines científicos a la vez que es considerada como un botín destinado a la princesa Isabel (heredera al trono), quien ordena el traslado a España.

Este ser anfibio se convierte en una obsesión para el Almirante, que intenta aplicar la ciencia, la taxonomía y la razón para clasificarla y entender si es humana o animal, civilizada o salvaje. Tarea compartida por el Dr. Tattet y un tripulante, Espinoza (devorado por “la pez”), quien ve a la protagonista como una criatura demoníaca y peligrosa.

La narrativa pone en tensión la voluntad de poder y clasificación del hombre europeo frente a la vida indómita americana. El viaje se convierte en un lento naufragio de la razón del Almirante, lo cual culmina con un acto de liberación y ruptura del cautiverio, un retorno al hábitat natural. Con ello, la pez reafirma su vínculo con el territorio y la naturaleza mientras se desmantelan la expedición y la autoridad del Almirante.

La lectura propuesta se inicia con el despliegue del concepto de “animalidad” en la pez, porque resulta medular, ya que es el medio a través del cual la autora critica y subvierte la lógica de la conquista y el pensamiento occidental. Este abordaje es crucial, además, para explorar la relación entre identidad, otredad y descolonización, tópicos sobre los que nos extenderemos más adelante.

La cuestión de lo animal en la literatura latinoamericana fue tópico en diversas producciones como *Só, com peixes* (Adriane García, 2016); *El niño pez* (Lucía Puenzo, 2004); *Mi tío el jaguaré* (João Guimarães Rosa, 1961); “Axolotl” (Julio Cortázar, 1956); *El matrimonio de los peces rojos* (Guadalupe Nettel, 2013); en el contexto regional, *Mi amigo el pespír* (José Murillo, 1966), entre tantos otros.

¿Qué se entiende entonces por animalidad? Según el filósofo Giorgio Agamben (2023) no se trata de un concepto simple ni de una categoría de la biología. Desde su perspectiva, la animalidad se refiere a la condición biológica y natural del ser humano, marcada por sus instintos y su existencia como ser sensible y material

¹ Entre sus publicaciones literarias se encuentran: *Pica* (Planeta, 2025); *Campo abierto* (Planeta, 2024); *Minga* (Planeta, 2024); *Pandilla* (Pequeño Editor, 2023); *Mi mamá es un pañuelo* (Portaculturas, 2021); la novela juvenil *La vida ahora* (Planeta Lector, 2020); el libro *Bestiario secreto de Niñas Malas* (2018, Planeta Junior), editado en Argentina, España, traducido al euskera y próximamente al catalán.

que se encuentra en constante tensión con los aspectos racionales, culturales y simbólicos que lo diferencian de otros animales.

El ser humano se autodefine y configura su realidad al trascender su base animal inherente; la cultura y la razón actúan como mecanismos clave para establecer esta separación y alcanzar la plenitud de su ser.

Este sistema de pensamiento, basado en la ontología de sustancia² constituyó el pilar ideológico del proyecto imperialista, pues mediante esta estructura conceptual, los conquistadores se confirieron a sí mismos el derecho político y moral de dominar los nuevos territorios. Su acción no fue un mero “descubrimiento”, sino una re-escritura radical de la realidad americana mediante una entelequia que borró la autonomía de los pueblos y la complejidad de su cosmos para justificar su empresa de expropiación y control.

En el libro *Lo abierto: el hombre y el animal* (Agamben 2023), se examina el modo en que la cultura de Occidente construyó la figura del hombre mediante una inagotable e impulsiva disociación de lo animal.

¿Qué argumento expone Agamben en esta distinción? Su premisa es que la referida diferenciación no se da naturalmente, sino que es el efecto de un proceso de exclusión y de violencia al que denomina “máquina antropológica”: un dispositivo histórico y metafísico que se ha ejecutado en la cultura occidental para producir y definir lo que consideramos lo humano.

Para este pensador, la máquina antropológica opera en diferentes momentos históricos, adquiriendo diversas formas, pero siempre con el mismo objetivo: definir al humano como un ser bio-político; es decir, que tiene una existencia biológica situada en el centro de las estrategias del poder político. En cuanto a su aspecto metafísico, entendemos que la máquina produce la figura del hombre, separándolo de su animalidad y ubicándolo en un plano superior. Para Agamben, esta es una invención violenta que se reduce a la dominación y la rudeza.

De allí que la máquina antropológica tenga como principal objetivo separar y oponer al hombre y al animal en una división que no resulta una verdad biológica, sino una invención creada por el pensamiento de Occidente a lo largo de la historia.

¿Cómo opera la máquina? Siguiendo la lógica de esta división se pueden reconocer dos operaciones: la primera de ellas es humanizar al animal. Esta operación

constituye el modelo originario y más antiguo, mediante el cual se le otorgan cualidades humanas para poder ser comprendido. Un ejemplo de esto, se observa en la página 16 de la novela, cuando el narrador afirma: “Espinoza permanece a mi lado. Es de ilusión para él devolver a la pez suave a sus tierras, tal vez amansada, más le digo que no guarde esperanza” (Larralde 2023: 16)

En esta cita, observamos el intento sutil de atribuir emociones humanas a “la pez”, puesto que el personaje de Espinoza la ve con compasión y cree que puede “amansarla”, lo que sugiere que la protagonista es capaz de sentir y responder a la bondad humana. Esto resulta paradójico y a la vez congruente con una lógica hegemónica y machista: pretender que el “Otro” descubierto responda a los requerimientos esperados y se someta a sus propósitos por la sola razón de un *status* de género y superioridad.

En otro pasaje del texto, el narrador —el Almirante— expresa: “La miro a los ojos: Yo a vos te cuido, sabe, llego a decirle antes de salir” (27). Esta escena revela la convicción de que este ser puede comprender y responder a un trato amigable derivado del juicio de los conquistadores que pretenden proyectar su propio temperamento en ella.

Esta proyección se basa en una profunda creencia de superioridad cultural que niega la existencia autónoma del “Otro”, pues el conquistador parte de la premisa de que su razón, su moralidad y sus patrones emocionales y conductuales (su “temperamento”) no son solo válidos, sino universales. Por lo tanto, asume que la criatura americana —“la pez”, en tanto representación de la otredad americana e indígena— debe tener, en esencia, la misma estructura psicológica y debe responder a los mismos estímulos que los de un europeo.

La segunda operación de la máquina antropológica radica en animalizar lo humano. Esta constituye el modelo moderno y funciona inversamente, pues excluye lo animal en el hombre para definirlo como un ser no-animal.

A partir de estas especulaciones se desprende que la animalidad no es lo opuesto a la humanidad, sino un umbral, un límite poroso y ambiguo que la propia humanidad crea para definirse: el hombre es el ser que, por un lado, se niega a ser un simple animal, pero que, por otro, corre el riesgo constante de ser reducido a la animalidad por las fuerzas del poder. La animalidad, entonces, es el lugar de la violencia que funda y al mismo tiempo amenaza la propia existencia de lo humano.

Podemos colegir que la novela intenta deconstruir la bifurcación de civilización y barbarie al revelar que la barbarie real se ejerce por parte de aquellos que dicen

2 Esto remite a la “naturaleza de las cosas”, ya que se refiere al análisis de la esencia del ser y sus propiedades, con un enfoque específico en la sustancia como el componente fundamental de la realidad.

traer adelanto y cultura. Así lo enuncia el narrador: “Sa-cale el ojo antes que se embiche, ordena el Dr. Tattet mientras se quita las botas” (15).

En el texto la protagonista, una criatura medio pez y medio indígena, encarna esta animalidad de manera literal. Su cuerpo es la evocación sostenida de la diferencia y la indiscutible conexión con la naturaleza.

Dice la voz narradora:

Reposan al sol sobre las costas verdes de Apipé. Son más de veinte. Acostadas de a pares, algunas encimadas de a cuatro o cinco. [...] Llevan escamas en espaldas y brazos [...] Y acá la mayor extrañeza, piernas esbeltas de mujer bien formadas [...]. Una de ellas lanza un pitido agudo. La veintena se suelta al río (12-13).

La coexistencia entre “la pez” y su entorno es una incógnita para los conquistadores, que están más atraídos e intrigados por el cuerpo, por la textura orgánica y física susceptible de dominio y posesión. Expresa el narrador: “Vemos que su sexo puede ser penetrado si se la somete el tiempo necesario” (22). Esta cita revela la visión patriarcal-colonial y patológica de los exploradores, así como la negación o invisibilización de un cuerpo que muestra su singularidad como ser biológico.

Esta animalidad es la fuente de la resistencia de la protagonista ante la dominación colonial: no se somete al cautiverio; su pulsión vital animal la empuja a luchar por su libertad.

Su “ser” emerge y se transforma en virtud de sus conexiones con el río primigenio, la mirada clasificatoria del conquistador y la memoria ancestral de un continente violentado. Es precisamente en esta inseparabilidad relacional, en la cual reside su potencia más subversiva, pues fuerza un quiebre en las taxonomías que buscan contenerla.

Precisamente, el epígrafe elegido pone el acento en la mirada del conquistador que, al llegar al “Nuevo Mundo”, trae consigo una cosmovisión y un sistema de creencias preestablecidos. Sus “ojos que ven” no son neutrales; están cargados de un imaginario resultante del bestiarío gestado a propósito del proyecto colonizador. Este imaginario opera como dispositivo del monopolio del conocimiento eurocéntrico que encasilla, jerarquiza y, en última instancia, domina.

Este tópico atraviesa el libro *Ojos imperiales: Literatura de viajes y transculturación* (Pratt 2010), en el que la autora argumenta que la “mirada imperial” está intrínsecamente ligada al poder y al proyecto de domina-

ción. El conquistador no “descubre un mundo”, sino que se lo apropia simbólicamente a través de la descripción de lo observado. Así se demuestra que los colonizadores solo veían lo que estaban preparados para ver, según sus propias creencias y ambiciones.

La falta de neutralidad se explica con el concepto de “anticonquista” trabajado por Pratt (2010), con el que se fundamenta la actitud de los exploradores de presentarse como inocentes observadores y recolectores de conocimiento. Esta mirada constituye una manera sutil de legitimar la apropiación cultural y territorial mediante la autoridad del saber occidental.

En este sentido, la pez no es vista en su propia ontología relacional, sino a través de un filtro que busca objetivarla, catalogarla y, finalmente, controlarla. Esta mirada es la que construye el texto de la conquista, donde lo que no se comprende se deforma o se demoniza.

La aparición del ser anfibio en el imaginario en el espacio físico de los conquistadores desencadena una profunda crisis epistemológica. Acostumbrados a un universo ordenado por la razón y la lógica binaria, los europeos se enfrentan a un ser que se resiste a ser contenido en sus mapas mentales y científicos. Con su corporeidad anfibia y su “animalidad indómita”, la pez funciona como un agente catalizador que expone la fragilidad de las taxonomías occidentales. No es que carezca de una identidad, sino que su identidad solo es inteligible dentro de una ontología relacional que los conquistadores no pueden o no quieren aprehender.

Esta ontología relacional es una visión del ser y la identidad que no puede conciliarse con la razón europea y se basa en el vínculo ineludible entre la protagonista, el medio ambiente y su propia comunidad. Dicho choque provoca en los exploradores no solo fascinación y terror, sino también una desestabilización psíquica que los lleva al delirio y a la obsesión. La novela, así, invierte el tropo del “salvaje” o el “monstruo” colonizado: la verdadera alteración reside en la incapacidad del colonizador de comprender lo que sale de sus esquemas, revelando la ceguera propia de una razón que busca homogeneizar la diferencia.

Este párrafo se relaciona con los ensayos de Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros: Reflexión sobre la diversidad humana* (Todorov 2007), en cuanto al problema de la alteridad y el etnocentrismo del colonizador³. No es el “salvaje” (el Otro colonizado) quien encarna la alteración

3 La obra de Todorov aborda, de manera central, la relación entre “Nosotros” y “los Otros”, es decir, entre la propia cultura y aquellas que le son ajenas, al reflexionar sobre la diversidad humana y la unidad de la especie.

o el horror, sino el colonizador (el Nosotros) quien sufre una “desestabilización psíquica” al enfrentarse a algo que se sale de sus esquemas racionales. Su incapacidad para comprender la diferencia lo lleva al delirio.

Los conquistadores, representados por el Almirante, conciben el mundo en términos de entidades fijas, autónomas y separadas: humano vs. animal, civilización vs. barbarie; dentro de estas categorías se busca clasificar a la pez.

En el libro *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia*, Deleuze y Guattari proponen la relación entre el hombre y el animal en términos de “devenir”. Este concepto, gestado en la filosofía, se conecta a la vez con otros dos: movimiento y transformación, ya que supone un “cambio hacia” y un “movimiento hacia” que se producen en el tiempo y el espacio.

Este concepto se vincula con el de rizoma, pues articula el cuerpo humano con el animal, pero también con otras fuerzas (el clima, el paisaje, el sonido, la velocidad) para formar una estructura sin centro ni jerarquía, con múltiples puntos de entrada y salida.

Devenir no es ciertamente imitar, ni identificarse; tampoco es regresar- progresar; tampoco es corresponder, instaurar relaciones correspondientes; tampoco es producir, producir una filiación, producir por filiación. Devenir es un verbo que tiene toda su consistencia; no se puede reducir, y no nos conduce a “parecer”, ni “ser”, ni “equivaler”, ni “producir” (Deleuze y Guattari 2010: 245).

Sin embargo, no se trata de una transformación. Los autores referidos sostienen que el devenir consiste en la desterritorialización: la pérdida o liberación de categorías fijas y jerárquicas. Esto se manifiesta en modos diferentes de establecer conexión con el entorno y con otras existencias no-humanas, lo cual permite un escape de las estructuras fijas que definen la identidad, especialmente la noción de “humano” como una categoría superior y separada.

Esto nos permite afirmar que se trata de un proceso por el cual un sujeto se conecta con las fuerzas, los flujos y las intensidades de un animal, rompiendo con las formas habituales de ser, pensar y sentir.

El primer encuentro entre la protagonista y los navegantes se puede interpretar como una estrategia de animalización que despliega la máquina antropológica. Aunque Espinoza no es un ser brutal como la mayoría de la tripulación, se manifiesta en él la pulsión de “amansar” a la pez, pues la percibe como un ser que necesita ser

“domesticado”. Al intentar “domarla”, Espinoza no la reconoce como un ser en sí mismo, sino como un objeto que puede ser transformado y puesto al servicio de una visión humana del orden y la domesticación.

Su aparente benevolencia es una forma más sofisticada de ejercer poder y, en realidad, a partir de este encuentro, la novela invita a “repensar de antemano la animalidad del hombre, la parte que siempre se excluye y se expulsa de la corporalidad humana” (Cimatti 2021: 20).

En ese momento, la pez se convierte en un ser cuya existencia rebasa cualquier categoría política o cultural impuesta y que devasta a quien intenta reducirla a algún esquema clasificatorio. Al devorar a Espinoza, se niega a ser la figura del animal dócil que él había proyectado, lo cual demuestra que la máquina antropológica no es invencible.

“LE INDICO QUE NO ESTÁ BIEN LLAMARLA BESTIA”

El Almirante de la expedición, ante la inquietud del Dr. Tattet, le advierte de la inconveniencia de denominar a la pez como “bestia”, en su afán de homologar una clasificación entre las criaturas vivientes de la naturaleza.

Llegados a este punto, considero necesario recuperar la noción del devenir animal, que implica rechazar la separación dualista que el pensamiento occidental ha impuesto entre lo humano y lo animal. Esta noción implica un proceso de desterritorialización: el abandono de la identidad fija y de las coordenadas habituales (el cuerpo organizado, el lenguaje estructurado) para explorar nuevas formas de ser.

La apariencia de la protagonista bien podría asemejarla a una sirena⁴ o a una figura mítica americana (la Madre del agua, por ejemplo) propia del folclore brasileño, que comparte frontera e hidrografía con el litoral argentino donde se ubica la novela. Sin embargo, su cuerpo no se ajusta a sus convenciones anatómicas y su peculiar corporeidad rechaza ser manipulada como un objeto y se aferra a su cualidad de pez como acto de resistencia.

Su identidad está enlazada con la vida del río y su entorno, ahí construye su territorialidad, desafiando el afán de dominio de los exploradores. Al respecto, la voz narradora cuenta: “Nos ven. Una de ellas lanza un pitido

4 Las sirenas homéricas y de la mitología griega clásica eran criaturas híbridas con cuerpo de ave (a menudo grandes pájaros) y cabeza/torso de mujer. La iconografía más antigua las vincula a menudo con el arte funerario, sugiriendo que representaban espíritus de la muerte o la transición de las almas al inframundo. Esto explica que vivieran en una isla llena de huesos de marineros náufragos.

agudo. La veintena se suelta al río. Es un instante el que tardan en fundirse con el agua marrón del Paraná” (Larralde 2023: 13).

Al ceñirse a su naturaleza no humana, la protagonista subvierte la jerarquización antropocéntrica occidental, transformando el devenir animal en un acto de descolonización.

La disolución de la frontera especista (el devenir-pep) implica una conversión ontológica que la lleva a habitar un estado liminal, donde lo “humano” se vuelve precario. Se subvierte, así, el estatus del ser humano como centro de la vida y del conocimiento.

La protagonista deja de ser un objeto “que los ojos miran y cuentan” para convertirse en una fuerza activa que moldea su subjetividad, su cuerpo y su entorno, otorgándole una agencia que el discurso colonial históricamente le ha negado a lo no humano.

Esta descolonización está directamente ligada a una construcción identitaria que rechaza las lógicas de poder que buscan definirla, poseerla y dominarla. Su identidad se construye fuera del marco de la otredad colonial, resistiendo con su cuerpo híbrido el proyecto de ser convertida en un cuerpo biológico sumiso.

En el plano cultural, la mujer-pep rechaza el lenguaje y las costumbres de los colonizadores. Su identidad está intrínsecamente ligada al río (el entorno), por lo que su forma de comunicación es biológica, sensorial y corporal, lo cual refleja su naturaleza anfibia y su pertenencia al mundo acuático, y no al mundo terrestre y “civilizado” del explorador.

La identidad de la mujer-pep se construye en la interdependencia: su ser se define por el flujo del agua, la presencia de otros animales acuáticos y su capacidad de moverse y respirar en un medio que le es propio: “Me despiertan los aullidos de las peces. Vociferan, en manada, junto a la proa [...] Vinieron por ella” (17).

La negación de la ontología relacional de la mujer-pep por parte de los colonizadores se convierte en un acto de violencia, ya que al despojarla de su entorno natural no solo le quitan la libertad innata, sino que, superados por su existencia, la ven y tratan como un objeto exótico que puede ser estudiado y poseído.

La identidad de la mujer-pep, entonces, se vuelve una forma de agencia disruptiva cuando regresa al río, pues recupera su libertad y reafirma su ontología relacional. El acto de volver al agua constituye un rechazo a ser definida por categorías coloniales y una afirmación de su propia forma de ser, tal como enuncia la voz narradora: “Las veo irse nadando mientras escucho lo que me envían, ahora mismo las dos, Apipé y la marroncita, siento sus

voces dentro mío, su melodía de río turbio, Paraná del sur [...]” (168).

Llegados a este punto, se hace evidente que la conducta expuesta por la protagonista también implica la disrupción del relato de la Conquista basado en la idea de que “la civilización domina a la barbarie”. La pep, a través de su sabiduría instintiva y su capacidad de supervivencia, revierte esa lógica: deja al descubierto la violencia del proyecto europeo y desmantela así el relato hegemónico colonial.

Dice el Almirante:

Espinoza me informa que el fuego las ahuyentó bien, pero quemó a tres de los nuestros. ¿Muertos? Espinoza asiente, baja la mirada. Me quedo callado. Aturdido por las pérdidas. Herido en mi honor (19).

En la novela, la construcción de la identidad y la otredad se articula a través de la representación de los personajes y sus relaciones, revelando cómo el sistema de poder colonial moldea la percepción de uno mismo y del “otro”.

En este contexto, la identidad de la protagonista es vital, pero no excluyente. La de los personajes españoles, aun siendo dominantes, no es monolítica, sino que se define y se forma mediante su interacción con la naturaleza y con el “otro” indígena.

Este texto muestra cómo la identidad individual está intrínsecamente ligada al cuerpo y a la geografía. El cuerpo de la pep es un campo de batalla donde se inscriben las marcas del encuentro cultural y la violencia. Su piel, su cabello y su relación con el entorno natural son elementos que la definen y la distancian de la rigidez de las normas coloniales. Esta fisonomía disruptiva es capturada por la mirada del Almirante, quien describe a estas criaturas acentuando su alteridad radical:

Parecen indias de piel marrón rojiza, pero tienen rasgos anfibios que las vuelven monstruosas. [...] Su cabello oscuro flota en la superficie, es largo y grueso, enmarañado con algas y restos de hojas. Emerge desde el agua de a poco, toda extraña, pero son los ojos lo inaudito. Más grandes que los de una india común. Negros, rasgados, brillantes, con membranas. Sus escamas color plata bajo nos encandilan (12-13).

La figura del “Otro” es compleja y de múltiples capas en este encuentro entre especies, ya que desafía las concepciones tradicionales de la otredad. El “Otro” central

es la pez, la sujeta indígena, que es vista por los europeos como una criatura extraña y salvaje que no puede ser comprendida ni asimilada desde la perspectiva del colonizador que narra los hechos.

La alteridad indígena aquí se construye desde el aparato colonial mediante un discurso de deshumanización a través del cual este ser híbrido e indígena es puesto en condiciones de inferioridad y visto como monstruoso. esta operación legitima su captura y sometimiento. En consecuencia, la protagonista experimenta cierta alienación de su cultura, y su identidad resulta un complejo fracturado que tensiona dos mundos en pugna: el de la cultura española y el del entorno americano. Esta fluidez se manifiesta en la asociación de su nombre con el agua y la naturaleza: “Creen que la forma más adecuada de nombrarla es la pez. Nombre que define su condición anfibia pero también que es ella, única con sus rasgos de mujer india [...]” (23).

Lejos de ofrecer una visión simplista, la novela expone la agencia y subjetividad de los personajes indígenas —la manada que acompaña a la protagonista—, revelando la heterogeneidad que les es propia en cuanto a su cosmovisión y su relación con la tierra. El ser indígena ya opera como agente de resistencia al arbitrio colonial, generando una constante tensión con el discurso hegemónico.

¿Y qué ocurre con la identidad de los expedicionarios? En este texto se visibiliza que la identidad y la otredad son dialógicas y conflictivas, es decir, que el “yo” no existe de forma aislada, sino en constante interacción con el otro. El contacto con el otro indígena intima a los españoles a replantear su propia identidad. La protagonista, en particular, encarna este conflicto, ya que su vida se desarrolla en la frontera de ambos mundos, donde las categorías de “yo” y “otro” se vuelven borrosas.

Es posible afirmar que la novela trae a la ficción la concepción de que la identidad no es una esencia preexistente, sino que la exhibe como una construcción social en doble dirección: impone una identidad a los colonizados y también transforma la de los colonizadores, instaurando un espacio liminal donde las identidades se redefinen y negocian constantemente.

UNA EXISTENCIA INSURRECTA

En el libro *Humanimales. Abrir las fronteras de lo humano*, se afirma: “Una de las interrogaciones fundamentales del ser humano es, precisamente qué lo hace humano, qué lo diferencia de los demás seres vivos, especialmente de aquellos a los que llama animales” (Segarra 2022: 19). La autora propone el término de “humanimal” para mostrar “hasta qué punto nuestra existencia humana

está entrelazada con la de los seres que llamamos animales, como si nosotros no lo fuéramos también” (11). Esta perspectiva vincula de forma intrínseca la ontología humana con el entorno y la naturaleza de todos los seres vivos.

En esta instancia de análisis, considero irremisible y oportuno examinar el impacto del pensamiento del antropólogo francés Philippe Descola y su libro *Más allá de naturaleza y cultura* (2012) en la novela en cuestión. Gabriela Larralde nos presenta a una criatura híbrida (pez-indígena) que desbarata el programa tanto expansionista como “científico-recolector” que llevan adelante estos navegantes en nombre de la corona de Castilla.

La propuesta central de Descola consiste en desmantelar la dicotomía Naturaleza/Cultura como un principio universal e inevitable para clasificar el mundo, argumentando que esta dualidad es, en realidad, solo una de las muchas cosmologías posibles, específicamente la propia de la tradición occidental moderna. El autor busca una recomposición radical de las ciencias humanas al proponer una nueva tipología de las relaciones entre humanos y no-humanos basada en la distribución de dos atributos: la interioridad (mente, conciencia, intencionalidad) y la materialidad (cuerpo, sustancia física).

Dice Descola:

Las transformaciones de la geometría, de la óptica, de la taxonomía y de la teoría del signo surgen de una reorganización de las relaciones del hombre con el mundo y de las herramientas de análisis que la posibilitaron [...] como dice Merleau-Ponty “no fueron los descubrimientos científicos los que provocaron el cambio de la idea de naturaleza, sino que fue el cambio de la idea de naturaleza el que permitió esos descubrimientos” (Descola 2012: 119)

Con este planteamiento, el antropólogo francés expresa claramente que el desmantelamiento de la división naturaleza/cultura no responde a una base científica, más bien se aproxima a un *sentipensar*⁵ el cosmos y la naturaleza. Esto implica direccionar la mirada hacia los seres que la habitan y que demuestran una reciprocidad devenida en una ontología relacional que le atribuye autonomía.

El concepto de *sentipensar* es un ejemplo de cómo una práctica epistemológica (un modo de conocer) emer-

5 Concepto acuñado por el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda: consiste en una forma de vida en la que el corazón y la mente construyen conjuntamente la relación con el mundo. Se trata de un proceso mediante el cual ponemos a trabajar conjuntamente pensamiento y sentimiento, es la fusión de dos formas de percibir la realidad, desde la reflexión y el impacto emocional.

ge de una ontología (un modo de ser en el mundo) que no se rige por la división cartesiana criticada por Descola. Ambos conceptos trabajan para visibilizar y legitimar las formas de conocimiento donde la mente, el cuerpo, la razón y el entorno no están rígidamente separados.

El sentipensar, al ser un conocimiento arraigado y emocionalmente comprometido con el entorno, implica que el sujeto que conoce no trata al mundo como un objeto sin mente, sino como un sujeto con el que se siente. Esto constituye una práctica epistemológica animista (o, al menos, un desafío al Naturalismo); ambos conceptos funcionan como una herramienta de resistencia epistemológica.

¿Cómo se materializa este razonamiento en la novela de Larralde? No podemos asegurar que la autora tuviera el propósito de hacer referencia explícita a la propuesta de Descola, pero sí de mostrar –a través del discurso literario– la fragilidad de ciertas jerarquías hegemónicas; en este caso, la división entre naturaleza y cultura poniendo en tensión dos cosmovisiones antagónicas.

Por un lado, el naturalismo –ontología no sólo sustentada sino también puesta en marcha por Occidente– sostiene que humanos y no humanos comparten características externas y materiales de un ser, como el cuerpo, la forma, la biología y la apariencia, mientras que la cultura y la conciencia son privativas de los humanos.

Bajo esta mirada, los expedicionarios extranjeros perciben el Nuevo Mundo a través de su propia cosmovisión y consideran a la protagonista (la pez) y a los pueblos originarios como parte de la naturaleza salvaje. Al respecto, la voz narradora señala:

La pez con piernas de día duerme. Por la noche gime cual cachorro taimado. La tripulación no logra dormir. Advierto la peligrosidad. Ordeno que se le ajuste el amarre y es entonces que canta. ¿Canta o llora? (Larralde 2023: 20)

Por otro lado, el animismo⁶, concepto acuñado por el antropólogo inglés Edward Tylor, es la ontología básica de comunidades originarias⁷ según la cual humanos y

no humanos poseen conciencia, cultura y espíritu; por esto, plantas, animales, tierras, piedras, aguas, etc. son considerados entidades personalizadas y socialmente interconectadas.

Las comunidades que practican el sentipensar no solo piensan sobre el río o el bosque, sino que sienten con ellos. Esto se alinea con la idea animista de que los no-humanos (río, montaña, animales) también poseen una interioridad, conciencia o intencionalidad similar a la humana.

La novela presenta un ejemplo cabal de la ontología animista, pues la protagonista es un ser híbrido no solo en su exterioridad física, sino también en un sentido más profundo: su existencia resiste las ontologías que pretenden clasificarla. Mientras que, a través de su visión naturalista, los conquistadores españoles la ven como un ser extraño y feroz que debe someterse a los propósitos colonialistas; la ficción la muestra como un ser interconectado con su mundo, integrada al río germinal, un hábitat en el que los lindes entre humanos y no-humanos son lábiles.

La existencia misma de la pez encarna esta idea, ya que su cuerpo es una fusión de lo humano y lo animal, lo que sugiere una continuidad, no una separación, entre ambas esferas: “Apipé me envuelve con sus cabellos firmes y ahora entiendo que es ella quien va a sacarnos de acá” (160).

LA DESEMBOCADURA

Para concluir este itinerario de lectura, me permito señalar que la protagonista opera como el eje disruptivo de la novela, logrando una reversión del discurso de la Conquista y sus categorías binarias fundamentales (civilización/barbarie, hombre/naturaleza, sujeto/objeto).

Con la escritura de esta obra, Gabriela Larralde no solo propone un contrarrelato de la misión colonizadora, sino que también busca subvertir el discurso de la especie. Mediante la animalidad descolonizada de la protagonista, se cristaliza una fisura en la nomenclatura tradicional y la puesta en crisis de una episteme preeminente. Se afirma, así, una existencia propia americana que prioriza el cuerpo, el territorio, la cosmovisión y el lenguaje originario.

Lo que realmente se pone en debate no es solo el “acontecer” del ser mitad pez/mitad indígena, sino la cuestión fundamental de la existencia animal, tal como la entiende Agamben:

se sitúa en el río Paraná, cerca de la Isla de Apipé, en la zona de lo que hoy es Argentina y Paraguay. Históricamente, esta vasta región fluvial es el territorio ancestral de la cultura Guaraní.

6 El abordaje de las cosmovisiones originarias es uno de los temas centrales de la antropología latinoamericana contemporánea, ligado estrechamente a la crítica del dualismo cartesiano y del Naturalismo occidental. Entre los antropólogos y pensadores clave se encuentran: Arturo Escobar (Colombia), Marisol de la Cadena (Perú), Eduardo Viveiros de Castro (Brasil), Pablo Dávalos (Ecuador), Mario Blaser (Argentina).

7 La novela *La pez* de Gabriela Larralde no nombra explícitamente a una única comunidad originaria histórica específica, sino que se inspira en la mitología y las leyendas guaraníes asociadas a la región del río Paraná para construir a su protagonista y su entorno. La novela

En cuanto el animal no conoce entre ni no entre, abierto ni cerrado, él está fuera del ser, fuera en una exterioridad más externa que todo abierto y dentro en una intimidad más interior que toda clausura. Dejar ser lo animal significaría entonces: dejarlo ser fuera del ser (Agamben 2023: 166-167).

Este pensamiento se eslabona con el concepto de biopoética propuesto por Julieta Yelin (2020) como herramienta crítica en el diseño de la relación entre la vida, el poder y la estética. Dicho concepto opera perfectamente en la literatura, pues en su análisis considera la dimensión creadora de lo viviente y de aquello que vive, resistiendo la matriz humana.

Los estudios de la animalidad en la literatura latinoamericana contemporánea constituyen una herramienta crítica fundamental para revisar y desestabilizar la divisoria binaria entre lo humano y lo animal.

Al explorar las representaciones del animal no humano y de la “animalidad” intrínseca al sujeto, la crítica literaria, articulada desde marcos teóricos como el posthumanismo y la biopolítica, evidencia un proceso histórico de exclusión y jerarquización que ha definido la categoría de “lo humano” mediante la negación sistemática del no-humano.

Más allá de la mera exclusión, este análisis revela cómo la definición de lo humano funciona como un mecanismo de poder biopolítico. La literatura expone que la reducción del no-humano a mera vida biológica es un acto fundacional que legitima la dominación y la violencia, extendiéndose hacia las poblaciones humanas consideradas “inferiores” o “animalizadas” (un tópico recurrente en el colonialismo).

Estudiar la animalidad en el contexto literario latinoamericano es crucial, porque habilita la revisión ontológica del sujeto. Esta tarea es particularmente pertinente en un continente cuyas cosmovisiones originarias —en contraste con el dualismo cartesiano— plantean consistentemente un vínculo de continuidad entre humanos y otras formas de vida.

De esta forma, la crítica de la animalidad nos obliga a considerar un *continuum* orgánico, afectivo y político que nos liga indisolublemente a las demás existencias, con el fin de promover una nueva pregunta por el ser-en-el-mundo que supera la matriz antropocéntrica.

REFERENCIAS

Agamben, Giorgio. 2023. *Lo abierto. El hombre y el animal*. Adriana Hidalgo Editora.

Cimatti, Felice. 2021. *Filosofía de la animalidad. Más allá de lo humano*. Editorial Tercero incluido.

Deleuze, Gilles y Felix Guattari. 2010. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Pre-Textos ediciones.

Descola, Philippe. 2012. *Más allá de naturaleza y cultura*. Amorrortu editores.

Larralde, Gabriela. 2023. *La pez*. Emece editores.

Pratt, Mary Louis. 2010. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Fondo de Cultura Económica.

Segarra, Marta. 2022. *Humanimales. Abrir las fronteras de lo humano*. Galaxia Gutember editora.

Todorov, Tzvetan. 2007. *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*. Editorial Siglo XXI.

Yelin, Julieta. 2020. *Biopoéticas para las biopolíticas. El pensamiento literario latinoamericano ante la cuestión animal*. Latin America Research Commons.